

**

Los intereses de la guerra arrancaron pronto al joven General de los encantos de sus incipientes amores con Pepita Gainza. Seguramente la fresca sonrisa de tan linda muchacha fué un lenitivo del abatimiento que al guerrero hubo de sobrevenirle cuando, después de su derrota de Huachi, volvió a Guayaquil. Y tal vez el encanto de aquella mujer le infundió luego nuevos y mayores bríos para reemprender la campaña y obtener mayores glorias que ofrendarla.

Mas el refrán dice, y es lo cierto: «Matrimonio y mortaja, del Cielo bajan». Este comenzado idilio entre un General de 26 años y una candorosa niña de 16 no debía tener el término feliz que ambos soñaron en una perfumada y exquisita noche tropical...

Victorioso en Pichincha el 24 de Mayo de 1822, al día siguiente, a las 3 de la tarde, entraba el General Sucre en la ciudad de Quito. Aquella misma tarde, recibía la visita del viejo Marqués de Villarrocha y de Solanda, antiguo adalid de nuestras libertades, que venía a felicitarle por el esplendoroso triunfo.

A la mañana siguiente volvió el Marqués y, queriendo dar al héroe una prueba de su alto aprecio, invitóle amable a que se dignara visitar su casa para presentarle a su familia. Aceptó el General, fijando el domingo siguiente para cumplir la grata obligación. En esa visita que, por ser la primera, fué corta, conoció el General Sucre a la Marquesa y sus tres hijas: Doña Mariana, Doña María y Doña Josefa Carcelén y Larrea.

Gratamente impresionado quedò Sucre de la belleza de la primogénita Doña Mariana, acentuándose más y más cada día esta impresión grata con el trato de la heredera del mayorazgo de Solanda.

Poco después marchaba el General Sucre a someter a los rebeldes y empecinados pastusos. Vencidos éstos, volvió a Quito, de donde en breve hubo de partir al Perú para coronar su gloria en Ayacucho, saludando el primero la libertad del Continente.

El prestigio, la gloria, las excepcionales cualidades del primer Teniente de Bolívar, lo llevaron a constituir en el Alto Perú la República de Bolivia, a regirla y gobernarla.

La Marquesa de Solanda tuvo, según tradición legada por O'Connor, otro pretendiente: el apuesto Coronel irlandés Arturo Sandes. Cuéntase que cierta noche de 1824, en una posada de Huamachuco, Sandes y O'Connor bebían, añorando las brumas de Albión, unas copas de Ron de Jamaica, cuando entró el General Sucre, para anunciarles que estaba pronto a partir para Quito un expreso, y decirles que, si alguna carta tenían que enviar, aprovecharan del correo.

Como se mentara a Quito, y no dejara Sucre de apoyar un tanto el tono, contestándole Sandes no tener carta que enviar, vino, entre camaradas, la franca explicación: Dos valerosos Jefes pretendían a una misma mujer: ¿Quién se la llevaría?

Habiendo hecha donación entera de su sangre a la causa de la Libertad, no podían derramarla por otra. Así, decidieron, dice O'Connor, confiar a la suerte su destino. O'Connor propuso echar al aire un peso y

escogió él mismo cara para el General Sucre y sello para el Coronel irlandés: la suerte favoreció al General

**

El Marqués de Solanda había muerto en Quito el 8 de Agosto de 1823. Sucre, resuelto a casarse con la Marquesita heredera, escribió a Pepita Gainza su resolución... La noble niña, a quien, sin duda, el desengaño arrancó amargas lágrimas, fué lo suficientemente noble para dar una sublime prueba de su abnegación: contestó a Sucre que remitía a la Marquesita de Solanda las medallas que había guardado desde la noche del baile...

Libre ya de su compromiso, Sucre envió desde la ciudad de la Paz los poderes suficientes a su gran amigo quiteño el Coronel Don Vicente Aguirre y Mendoza, para que, en su nombre, contrajese el matrimonio pactado con Doña Mariana Carcelén y Larrea.

Recibido este documento, El Coronel Aguirre se apresuró en dar los pasos conducentes a la celebración de la boda. Evacuadas las diligencias de la información de soltería en que fueron testigos el General de Brigada Don Tomás de Heres, el Coronel Don Carlos Eloy Demarquet, Edecán de Su Excelencia el Libertador, y el Coronel Cervellón Urvina, Cirujano Mayor del Ejército, la boda se celebró en Quito, el 20 de Abril de 1828, cuando había apenas 48 horas que el Gran Mariscal de Ayacucho fuera herido en Chuquisaca, a consecuencia de la conjuración que, en aquella ciudad, estalló el 18 de Abril al amanecer. Fueron padrinos de la boda dos grandes amigos del General Sucre y de Bolívar, los Marqueses de San José, Don Manuel de Larrea y Jijón y Doña Rosa Carrión y Velasco.

Sucre vivió con su esposa apenas once meses: habiendo llegado a Quito el 30 de Setiembre de 1828, partió para la campaña de Tarqui a fines de Enero siguiente; volvió a reunirse con la Marquesa a mediados de 1829, y estuvo con ella hasta Diciembre, en que se separó para asistir a las sesiones del Congreso Admirable. A su vuelta fué vilmente asesinado en las montañas de Berruecos.

Unico fruto de su matrimonio, fué Teresa, nacida el 10 de Julio de 1829 y fallecida el 15 de Noviembre de 1831.

**

Joven y cargado de gloria, natural era que el amor le sonriera a su paso. Fruto de fugaces devaneos durante su estadía en Guayaquil, fué una niña cuya suerte no me ha sido posible averiguar. Sé sólo que existió, por la siguiente carta, dirigida desde Bolivia, por el General Sucre, al amigo de sus confianzas en Quito, el Coronel Don Vicente Aguirre. Dice así: «Octubre 11.—Mi querido Coronel Aguirre: en una cartica que le escribí de Oruro, dije a Ud. que en Guayaquil tengo una niñita, que sea o no mía, su madre lo decía así, y he llegado a creerlo. Su madre, Tomasa Bravo, ha muerto, según me han escrito de Guayaquil, y la chiquita, (que se llama Simona) no